

De la manera que se pasaba la noche en la Bastilla,  
mientras se esperaba la vehida del día.

Ya la víspera por la tarde se había informado Gastón de si los presos podían tener luz, y el ordenanza á quien preguntó, le contestó negativamente. Cuando llegó la noche (que en semejante época del año llega pronto), no hizo la menor pregunta y se acostó tranquilamente. Su visita de por la mañana al cuarto del tormento le había dado una gran lección de filosofía. Así, ya fuese por indiferencia juvenil, ó por fuerza de voluntad, ó más que todo por la necesidad imperiosa de su organización de 25 años, se durmió profundamente á los veinte minutos de haberse acostado.

Hubiera sido difícil decir al caballero cuánto tiempo hacía que estaba durmiendo, cuando le despertó de pronto el sonido de una campanilla.

Esta campanilla parecía que estaba en su cuarto, y sin embargo, por más que abría los ojos no la veía, ni tampoco al que la tocaba: verdad es que aun de día era muy oscura la habitación del caballero.

No obstante, la campanilla no dejaba de sonar, pero suavemente y con precaución, como si fuese discreta y temiera ser oída. Por último, Gastón creyó notar que el ruido provenía de su chimenea.

Se levantó, y se acercó al sitio donde se oía el argentino sonido: no se había engañado. Cuando estaba ocupado en asegurarse de que efectivamente era en la chimenea donde tocaba la campanilla, oyó golpes en el pavimento sobre el cual se hallaba. Llamaban con un instrumento contundente, y daban golpes seguidos interrumpiéndose por intervalos iguales.

No cabía duda de que el sonido y los golpes en el suelo eran señales, y que éstas provenían de los presos sus vecinos.

Para ver un poco más claro lo que iba á hacer, Gastón fué á descorrer las cortinas de sarga verde que cubrían la ventana y que le interceptaban los rayos de la luna; pero al verificarlo distinguió un objeto colgado de un cordoncito, el cual se agitaba delante de los hierros.

— Bueno, dijo, parece que voy á tener en que ocuparme, pero cada uno á su vez; procedamos por orden: veamos lo que me quiere la campanilla, que es la que me ha llamado primero.

Y Gastón volvió á la chimenea, alzó la mano y tocó un cordón á cuyo extremo estaba atada la campanilla: tiró, mas el cordón no cedió.

— ¡ Bueno! dijo una voz que llegó hasta él por el



cañón de la chimenea; ¡ bueno! ¿ ya estáis ahí?

— Sí, respondió Gastón; ¿ qué me queréis?

— ¡ Pardiez! ¡ qué quiero! quiero pasar un rato en conversación.

— Está bien, contestó Gastón; hablemos.

— ¿ No sois el caballero Gastón de Chanlay, con quien he tenido el honor de comer hoy en el cuarto del gobernador?

— Justamente.

— En ese caso, soy vuestro servidor.

— Y yo el vuestro.

— Siendo así, tened la bondad de decirme en qué estado se encuentran los negocios de la Bretaña.

— Ya lo veis, caballero, están en la Bastilla.

— ¡ Bueno! dijo la voz con acento de alegría.

— Perdonad, replicó Gastón; ¿ qué interés tenéis vos por lo que pasa en Bretaña?

— Es que cuando los negocios de Bretaña van mal, nos tratan bien, y cuando prosperan nos tratan mal. Así el otro día, á propósito de no sé qué asunto que decían tenía ramificaciones con el nuestro, fuimos todos puestos en calabozos.

— ¡ Ah! ¡ diablo! dijo Gastón para sí; si tú no lo sabes, yo lo sé perfectamente.

Después añadió:

— Pues bien, caballero, tranquilizaos; van mal y por eso he tenido el honor de comer con vos.

— ¡ Qué! ¿ estáis comprometido en ese asunto?

— Mucho me lo temo.

— Entonces, perdonad mi indiscreción.

— Yo soy quien debo pedir os perdón. Pero tengo un vecino debajo de mi cuarto que se impacienta y me va á romper el pavimento á golpes; permitidme que le responda.

— Hacedlo, tanto más cuanto que si mis cálculos topográficos son exactos, debe ser el marqués de Pompadour.

— No me será muy fácil saberlo.

— Ni tan difícil como creéis.

— ¿ De qué modo?

— ¿ No da los golpes de una manera extraña?

— Si; ¿ tiene alguna significación ese modo de llamar?

— ¡ Y tanta! así solemos entendernos cuando no tenemos la fortuna de podernos comunicar directamente, según ahora lo verificamos los dos.

— Entonces, dispensadme el obsequio de darme la clave.

— Es sumamente sencillo; cada letra ocupa su lugar en el alfabeto, ¿ no es verdad?

— Es innegable.

— Bien: el alfabeto consta de veinticinco letras.

— No las he contado, pero será así puesto que vos lo decís.

— Pues bueno; se da un golpe para la A, dos para la B, tres para la C, y así sucesivamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4466. 1625 MONTERREY, MEXICO



— Comprendo; pero como ese medio de conversación debe ser algo lento, y veo en la ventana un cordoncillo que también parece que está impaciente, voy á dar uno ó dos golpes, para hacer entender á mi vecino que le oído, y en seguida acudo á la ventana.

— Id, id, caballero, os lo suplico encarecidamente, porque si no me engaño, ese cordoncillo ha de ser muy importante para mí. Pero antes dad tres golpes en el suelo; tres golpes en el lenguaje de la Bastilla significa paciencia. El vecino esperará entonces á que le hagáis nueva señal.

Gastón dió tres golpes con el pie de la silla, y en efecto, cesó el ruido que oía debajo de él.

En este momento se aprovechó para llegarse á la ventana.

No era fácil alcanzar á la reja; sin embargo, Gastón pudo conseguirlo arrimando la mesa á la pared: cogió el cordoncillo, el cual se mostró muy agradecido, agitándose suavemente al instante que conoció que se ocupaban de él.

Gastón desató un paquete, que le costó trabajo pasar por entre los hierros.

Contenía un cucurucho de dulces y un libro.

Gastón vió que había algo escrito en el papel del cucurucho; pero no le fué posible leerlo á causa de la oscuridad.

El cordoncillo continuaba agitándose, lo cual quería sin duda decir que esperaba una respuesta.

Gastón recordó las instrucciones de su vecino el de la campanilla; tomó una escoba que había visto en un rincón y dió tres golpes en el techo. El preso del cordoncillo comprendió aquel lenguaje, y retiró el cordón.

Ya hemos dicho que en el idioma de la Bastilla tres golpes querían significar paciencia.

Gastón volvió á la chimenea.

— ¡Chist! ¡caballero! dijo al de la campanilla.

— Aquí estoy; ¿qué ocurre? contestó éste.

— Acabo de recibir, por medio del cordón, un libro y un cucurucho de dulces.

— ¿No hay algo escrito en el papel ó en el libro?

— En el libro no sé, en el papel sí; mas desgraciadamente no puedo leerlo á causa de la oscuridad.

— Esperad, dijo la voz; voy á bajaros luz.

— Creí que estaba prohibido á los presos tenerla.

— Sí, pero yo me la he procurado.

— Enviádmela, respondió Gastón, porque estoy tan impaciente como vos por saber lo que me escriben.

Y como pensó que podría suceder muy bien que pasase la noche en conversación con sus vecinos, y no hacía mucho calor en aquella pieza, comenzó á vestirse á tientas.

No bien acabó de hacerlo, cuando vió que su chimenea se iluminaba por grados: la campanilla bajaba de nuevo sostenida por un cordón; pero estaba transformada en lámpara.



La transformación se había hecho del modo más sencillo: la campanilla formaba un recipiente, en éste habían echado aceite y en él ardía una pequeña mecha.

Gastón, que aun no estaba acostumbrado á la vida de preso, y á la industria que en ella se despliega, halló el medio tan ingenioso, que se olvidó por el pronto del libro y del cucurucho de dulces.

— Caballero, dijo á su vecino, ¿podría sin ser indiscreto preguntaros cómo habéis adquirido los diferentes objetos con que habéis construido esta lamparilla?

— Nada más sencillo, amigo mío; he pedido una campanilla para llamar cuando me viera obligado á ello, y me la han concedido sin dificultad: después he economizado el aceite de mis almuerzos y comidas, logrando reunir una botella de él: he hecho mechas deshilando un pañuelo; he recogido una piedra paseándome en el patio, he fabricado yesca con madera quemada; he quitado unas pajuelas en casa del gobernador, y en fin, he convertido en eslabón un cuchillo que poseo, el cual me ha servido también para abrir este agujero en la chimenea, por donde estamos hablando.

— Recibid mi enhorabuena, caballero, pues sois muy ingenioso.

— Gracias por el cumplido; pero tened la bondad de ver qué libro es el que os envían, y qué dice el cucurucho de dulces.

— El libro es un Virgilio.

— Eso es; me lo tenía prometido, exclamó la voz con un acento de alegría que sorprendió al caballero, el cual no creía que un Virgilio pudiera ser esperado con tanta impaciencia.

— Ahora, repuso el de la campanilla, hacedme el obsequio de leer lo que hay escrito en el cucurucho.

— Con mucho gusto, dijo Gastón, y leyó lo siguiente:

« Caballero:

» He sabido por el teniente de la Bastilla que » ocupáis el cuarto del primer piso, que tiene una » ventana perpendicular á la mía: entre presos es » un deber auxiliarse reciprocamente. Comeos los » dulces, y hacedme el favor de pasar el papel y el » Virgilio adjunto al caballero Dumesnil, pues las » ventanas de su cuarto dan á los patios.»

— Eso es lo que yo esperaba, dijo el de la campanilla, y en la mesa supe que debía recibir este mensaje.

— Entonces, ¿sois vos el caballero Dumesnil?

— Servidor vuestro.

— Muy señor mío, respondió Gastón riéndose, os debo un cucurucho de dulces; creed que no lo echaré en olvido.

— Tened la bondad de desatar la campanilla y atar el Virgilio al cordón.



— Pero, si no os lleváis la campailla no podréis leer, repuso Gastón.

— ¡ Oh ! descuidad; voy á fabricar otra lámpara, dijo el preso.

Gastón, que confiaba en el ingenio de su vecino, ingenio del cual ya había visto una prueba, no opuso ninguna dificultad á su deseo: tomó la campanilla, la puso sobre el cuello de una botella vacía, y ató el Virgilio al cordón, metiendo concienzudamente entre sus hojas una carta que se había caído. Al momento subió el cordón con la mayor presteza.

— Gracias, caballero, dijo Dumesnil; y ahora si queréis responder á vuestro vecino de abajo...

— Si me lo permitis...

— Si, aunque dentro de un rato tendré que apelar de nuevo á vuestra complacencia.

— Estoy á vuestras órdenes, caballero. En cuanto á las letras del alfabeto decís que...

— Se da un golpe para la A, y veinticinco para la Z.

— Gracias.

El caballero dió con el mango de la escoba un golpe en el piso para avisar al vecino de abajo que estaba pronto á entrar en conversaci3n con él; éste, que sin duda esperaba con impaciencia la seña, respondió inmediatamente con otro golpe.

Al cabo de media hora, los dos presos habían conseguido decirse lo siguiente:

— Buenas noches, caballero, ¿ cómo os llamáis ?

— Buenas noches; me llamo Gastón de Chanlay.

— Y yo el marqués de Pompadour.

En aquel momento volvió Gastón por casualidad la vista hacia la ventana, y divisó el cordoncillo que se agitaba convulsivamente.

Dió tres golpes en seña de aconsejar paciencia, y se dirigió de nuevo á la chimenea.

— Caballero, dijo á Dumesnil, os prevengo que el cordoncillo de la ventana parece que se cansa de esperar.

— Suplicadle que tenga un poco de paciencia; soy con él al momento.

Gastón dió otros tres golpes en el techo; después volvió á la chimenea.

Á poco bajó por ella el Virgilio.

— Caballero, dijo Dumesnil, tened la bondad de atar ese Virgilio al cordón, pues eso es lo que espera.

Gastón tuvo la curiosidad de ver si Dumesnil había respondido á la señorita de Launay. Abrió el Virgilio; no había carta alguna; pero al propio tiempo pudo leer estas palabras que estaban subrayadas con lápiz: *Meos amores et carceris oblivia longa*. Al punto comprendió que semejante modo de comunicarse consistía en tomar un capítulo de un libro y subrayar ciertas palabras, que colocadas las unas á continuaci3n de las otras formaban un sentido. El caballero Dumesnil y la señorita de



Launay habían elegido como análogo á sus circunstancias, y como el que podía proporcionarles mayor número de palabras en armonía con el estado de su corazón, el libro cuarto de la Eneida, que trata, según todos saben, de los amores de Dido y Eneas.

— Vamos, dijo Gastón, abriendo la ventana y atando el libro al cordoncillo, parece que he sido destinado para correo de la casa.

Después dió un profundo suspiro al pensar que él no podía comunicarse con Elena, y que la pobre niña ignoraba completamente lo que le había sucedido. Esto le hizo tener compasión de los amores de la señorita de Launay y del caballero Dumesnil.

Así, volvió á la chimenea.

— Caballero, dijo, podéis estar tranquilo: vuestra contestación ha llegado á su destino.

— ¡ Ah! mil gracias, caballero: ahora otra palabra no más, y os dejo dormir tranquilo.

— ¡ Oh! no tengáis cuidado, ya he tomado dulces á cuenta; decid lo que queráis.

— ¿ Habéis hablado con el preso del cuarto bajo?

— Sí.

— ¿ Quién es?

— El marqués de Pompadour.

— Ya me lo figuraba: ¿ y qué os ha dicho?

— Me ha dado las buenas noches y me ha preguntado cómo me llamaba; pero no hemos tenido

tiempo de hablar más. Este medio de correspondencia es ingenioso, pero muy pesado.

— Es menester que abráis un agujero, y entonces os comunicaréis directamente como nosotros lo hacemos.

— ¡ Abrir un agujero! ¿ y con qué?

— Os prestaré mi cuchillo.

— Gracias.

— Aunque no sirviera más que para distraeros, siempre sería algo.

— Dádmelo.

— Allá va.

Y el cuchillo cayó á los pies de Gastón.

— Ahora, ¿ queréis que os devuelva vuestra campanilla? preguntó el caballero.

— Sí, porque mañana al hacer la requisa podrían advertir la falta, y presumo que vos no tenéis necesidad de luz para hablar con Pompadour.

— No, ciertamente.

Y la campanilla, transformada en lámpara, subió otra vez por la chimenea.

— Ahora, dijo Dumesnil, presumo que necesitaréis algo para beber con los dulces: voy á enviaros una botella de vino de Champagne.

— Gracias, contestó Gastón; no os privéis de ella por mí, pues soy poco aficionado al vino.

— Entonces se la daréis á Pompadour luego que hayáis hecho el agujero: el marqués en este punto es al contrario que vos. Tomad, ahí va.



— Os repito las gracias.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Y el cordón volvió á subir.

— ¡ Ah! exclamó suspirando; la Bastilla sería un paraíso para mi si estuviese en lugar del caballero Dumesnil, y mi pobre Elena se viese en el de la señorita de Launay.

Después de esto volvió á entablar con Pompadour una conversación que duró hasta las tres de la mañana, y en la cual dijo que iba á abrir un agujero en el suelo para tener con él una comunicación más directa.

## XXVI

## Un compañero de Bastilla

Habiendo Gastón ocupado el día en los interrogatorios, y la noche en la correspondencia con sus vecinos, practicando en los intermedios el agujero para comunicarse con Pompadour, hallábase más inquieto que fastidiado. Además había descubierto otro género de distracciones. La señorita de Launay, que alcanzaba todo lo que quería del teniente Maison-Rouge, con tal de pedirlo con dulce sonrisa, había obtenido papel y plumas, que envió por supuesto al caballero Dumesnil, el cual había dividido su tesoro con Gastón y con Richelieu, con quienes seguía comunicándose. Luego Gastón tuvo la idea (todos los bretones tienen sus ínfulas de poetas) de componer versos á Elena, pues que el caballero Dumesnil los hacía, dedicándolos á la señorita de Launay, y ésta le pagaba en la misma moneda; de suerte que la Bastilla estaba convertida en un verdadero Parnaso. El único que con su prosa hacía poco honor á la sociedad era Riche-